

GEORGES VIGARELLO: *Le sain et le malsain. Santé et bien-être depuis le Moyen Âge.* Paris, Editions Du Seuil, 1993, 350 págs.

Jeroglíficos del cuerpo

El cuerpo, prometeico y miserable, lugar de luz y de sombra, de transparencia y de confusión, de dolor y de placer, de pensamiento y de vida. La pregunta por el cuerpo es una de las inquietudes fundamentales, una interrogación cuya naturaleza quizá ha cambiado a través de los tiempos, pero que testimonia la existencia de ciertas constantes, de algo que podría llamarse la "condición humana". De esta cuestión se derivan, a su vez, múltiples problemas, en ocasiones percibidos como enigmas: el planteamiento metafísico de la relación cuerpo-alma, el tema de la interioridad, de la sensación, de la afección, del vínculo entre lo psíquico y lo somático, de la pasión o del pensamiento, ámbitos todos relacionados, de alguna manera, con la enfermedad.

Objeto de reflexión de la filosofía desde tiempos inmemoriales, la historia sólo lo empieza a explorar en toda su complejidad hace poco tiempo. *Le sain et le malsain* es, de alguna manera, una expresión de esta preocupación. Allí, Georges Vigarello aborda indirectamente las dimensiones antes mencionadas, pero en su itinerario se ocupa de cómo en cada uno de los siglos posteriores a la Edad Media, se pensó la forma de preservarse de la enfermedad, percibida siempre como representación del mal. Se dedica a la disección de los desplazamientos, las rupturas y las continuidades relativas a la idea de preservación y de cuidado de sí. El camino de su reflexión es diverso; podría decirse que se sitúa en ese lugar abismal, intermedio, pero también de convergencia o intersección entre el discurso científico y el no-científico; entre la cultura sabia y el mundo de las creencias. No se ubica sólo en la perspectiva de la episteme aislada, pero tampoco se detiene en el estudio doxológico. Esta intención fue la que, quizá, determinó la elección de sus fuentes: obras médicas, científicas, literarias, filosóficas, además de textos de vulgarización como periódicos y revistas varias; sin ceder, a pesar de ello, a la tentación de la vana y bulímica erudición.

Basándose en varios de los postulados de la sociología de Norbert Elias, que aparecen en *El proceso de la civilización*, donde se establece una teoría que busca explicar cómo se construyeron las formas de comportamiento que se consideran hoy típicas del hombre civilizado, Vigarello pretende explorar específicamente cuáles fueron los usos y los comportamientos de prevención con que cada sociedad acostumbraba a sus miembros en las épocas post-medievales.¹

El texto está dividido en cinco partes. En la primera, "*Obéir au cosmos*" (XIII-XIV *siècles*), el autor muestra cómo, durante aquella época, el cuerpo estaba inmerso en los ciclos cósmicos. Presenta la imagen de un cuerpo que, según la medicina hipocrática, era un microcosmos compuesto de cuatro sustancias: tierra, agua, aire y fuego; portadoras a su vez, de cuatro cualidades: seco, frío, cálido y húmedo; cuyas combinaciones formaban los temperamentos, cada uno de los cuales se caracterizaba por la preeminencia de un humor: sangre, pituita o flema, bilis y atrabilis. El cuerpo permanecía así, pasivo y gobernado por fuerzas invisibles o espíritus naturales, vitales o animales.

Allí recrea la antigua idea de naturaleza *-physis-*, uno de los conceptos fundamentales del pensamiento griego. Según ella, cada cosa como individuo posee una naturaleza singular que se define por propiedades constantes o, más exactamente, por fuerzas actuantes, de las cuales hacen parte también los procesos biológicos normales o patológicos, siempre definidos bajo la metáfora de la lucha. Estudia los principios que durante el medioevo determinaron la eficacia curativa de ciertos objetos: el principio del contacto y el de la pureza; las prácticas de defensa contra la enfermedad: sangrías y objetos protectores, prácticas reveladoras de la sensibilidad y del estado del saber de la época, que evidencian la importancia que tenía entonces el contacto, pensado como medio por excelencia para la transmisión del mal. El autor explora las ideas que subyacen en la eficacia preventiva de los anillos, los metales y algunas piedras preciosas. Ello mostraría un rezago de pensamiento mágico, la creencia de que es posible actuar sobre la naturaleza por medio de procedimientos ocultos y producir así efectos extraordinarios, pensamiento que reposa, a su vez, en la afirmación de que existe entre los seres de la naturaleza una relación regular, de leyes de correspondencia -por simpatía o

¹ Elias Norbet. *El Proceso de la civilización. Investigaciones socio-genética psico-genéticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p.47

por antipatía-. Así, la enfermedad no se atribuía a una causa endógena, interna, del cuerpo sino a una causalidad exterior. Sobre esos procesos externos se fundaron las etiologías de las alteraciones corporales. La enfermedad es, pues, percibida como una transgresión de la dimensión cosmológica, una pérdida del equilibrio entre el mundo humano y el extrahumano. Esta idea, de antigua herencia aristotélica -a quien el autor no evoca quizá porque la mención aristotélica implicaría caer en una cierta visión metafísica del cuerpo- aparecía en su tratado *Del cielo*, allí el pensador griego expone buena parte de sus tesis, cuyos comentarios ocuparán el pensamiento de la física medieval: la idea de una armonía prístina del universo que es comparable a un organismo vivo.

Las maneras de preservarse estaban entonces inexorablemente unidas a las ideas de transmisión del mal, como el mal era atribuido al contacto, la preservación debería hacerse con el alejamiento físico de aquellos que habían sido "tocados por el mal", mal encarnado en la lepra primero, y en la peste, la sífilis y los pobres después. Al respecto resulta interesante traer a colación las investigaciones de la antropóloga Mary Douglas, a propósito de los rituales de contaminación y los tabúes en las comunidades juzgadas como primitivas, las cuales conciben el cuerpo como símbolo de la comunidad. Las excreciones del cuerpo, como las de la comunidad, eran consideradas "impuras" y "peligrosas", pues lo que ha salido del cuerpo no debe nunca volver a entrar. El modelo de entradas y salidas del cuerpo humano guarda similitud con el cuerpo social, porque el cuerpo humano es, para cada comunidad, el símbolo de su propia estructura y, en este sentido, la enfermedad revela una diferencia que excluye de la vida social y no permite la reintegración, so pena de una contaminación general. Así pues, toda sociedad se defiende como un organismo contra todo lo que amenaza su armonía o integridad.

Hay, sin embargo, un temor que se acentúa gracias a la atención que gana el aire, un miedo que va a devenir dominante: la idea de que era el estado del aire el que desencadenaba la enfermedad. Ese aire "pútrido" sería, a su vez, producto de extrañas y fatales conjunciones astrales que se agitaban como veneno. Con la peste, la idea de un cuerpo más permeable se acentúa. La aparición de la sífilis a finales del siglo XV desencadenará más agudas inquietudes, sin embargo, el estudio de esta nueva enfermedad conoce un elemento *sui generis*; la transmisión es reconocida como sexual, como debida al contacto íntimo. Esta afirmación permitió una primera modificación en la comprensión de las epidemias: la infección no estaría ligada a un cierto estado

de la naturaleza sino a una especie de semilla (*semence*) presente en quien transmite la enfermedad, un veneno directamente comunicado por los sexos.

En cuanto al régimen alimentario, estaba en concordancia con la prevalencia de una concepción humoral del cuerpo. El interés que empiezan a ganar por aquella época las especias, desplaza un poco la utilización de los metales y las joyas como elementos de preservación, aunque no totalmente (aún hoy pueden percibirse restos de estas creencias en el actual interés por el cuarzo, por ejemplo). Los efectos de las especias, sugeridos por el olor y el gusto, se oponen a la descomposición, y ayudan a la ventilación y a la evacuación de los humores.

De otro lado, el principio de la dieta estaba dado por el equilibrio humoral, de ahí las recomendaciones de prudencia y moderación alimentaria, regla que preparará el comportamiento noble de la elite. Pero, en forma simultánea, se desarrolló en las clases populares, una cultura del exceso alimentario. Se reúnen allí dos sensibilidades culturales que aún hoy es posible percibir.

Durante el siglo XVI, la conciencia de un consumo socialmente diferente permite el desarrollo de una cultura de elite alrededor de la alimentación, que coincide con la desvalorización de la imagen del pobre. A finales de este siglo se verá también cómo el cuerpo empieza a independizarse de las potencias invisibles y gana atención el estudio de los procesos mecánicos. El cuerpo es entonces descrito como una armada o como una ciudad que obedece a un orden, como una unidad física jerarquizada. Sin embargo, ello no transforma las prácticas que se habían instaurado a su alrededor.

La segunda parte "*Evacuer les humeurs*" (XVII siècles) se dedica a indagar la idea de la percepción mecánica del cuerpo. Esta referencia es, al decir de Vigarello, uno de los indicios que permite vislumbrar la lenta ascensión del individuo moderno: la liberación del cuerpo de los ciclos cósmicos.

Las repetidas alusiones a las nuevas máquinas del siglo XVII lo confirman: el cuerpo deviene fuente, surtidor o también reloj, con la difusión de las referencias cartesianas, es un cuerpo sometido a las evacuaciones mecánicas, cuyos argumentos se refuerzan con el descubrimiento de la circulación sanguínea y linfática.

En el espacio abandonado por las pestes, se sitúan ahora enfermedades menos avasalladoras, menos espectaculares: la malaria y la disentería por ejemplo. Un nuevo mal permite objetivar esta nueva categoría de males: los vapores, esas especies de brumas, producto de fermentaciones internas de la materia orgánica. La importancia de los vapores indica el nuevo interés por los fluidos sutiles del cuerpo. Esta palabra, vapor, revelaría al mismo tiempo, un refinamiento de la sensibilidad, que impone códigos de urbanidad como una forma más sofisticada de preservar el cuerpo.

Sin embargo, la cultura popular permanece anclada en una concepción del cuerpo dependiente de solidaridades cósmicas. Lo que evidencia la existencia de diferentes niveles de creencias en una época determinada.

A la defensa ante las enfermedades, aun basada en la exclusión, se une ahora la metáfora de la purga de los pobres. Preservarse sería retirar lo que obstaculizaba, el humor "viciado", es decir, el pobre.

A las protecciones de entonces vienen a sumarse los excitantes venidos de América o de Oriente: té, café, chocolate y tabaco. Ellos entran en ese proceso que se lleva a cabo junto con la lenta conquista del azúcar: en los nuevos rituales de excitación. La preeminencia de estas sustancias hace que se opere un desplazamiento en el consumo de las especias; ello porque empieza a percibirse un particular trabajo sobre el gusto. No obstante, el valor gustativo de estas nuevas sustancias se borra ante sus virtudes estimulantes. La asociación del café con las nuevas formas de sociabilidad, y del tabaco como coadyuvante de la razón, paradigma del excitante moderno, desempeñan un rol importante.

Café y tabaco son elementos culturales importantes en una sociedad que poco a poco accede a un nuevo tipo de placer, a algo que bien podría denominarse una "concupiscencia del decir" o una "voluptuosidad de la conversación"; aunque juegan también un papel de prevención, pues sanean los humores y permiten hablar mejor.

La tercera parte "*Résister et endurcir*" (XVIII siècle), se ocupa de la gran revolución que se produce en las prácticas de preservación con la medicalización de la inoculación antivariólica. Este acontecimiento habría acompañado una transformación en la imagen del cuerpo, pues la práctica

inoculatoria se funde en la existencia de una fuerza interna de los órganos, una suerte de resistencia que le es propia. Aquí se acude para curar a una reacción orgánica, no ya a una pócima o a un elixir maravilloso.

La trascendencia de esta práctica se evidencia desde varios puntos de vista: el debate que suscitó su aplicación dio el fundamento al establecimiento de la primera modernidad de las instituciones científicas británicas; ella, por decirlo así, transforma los argumentos preventivos pues para señalar sus virtudes se recurrió, por vez primera, a un inventario estadístico; se constituyó además en el primer intento de inmunización colectiva.

Otro de los temas caros a este siglo fue el proyecto eléctrico, proyecto que confirmó la referencia a una nueva concepción del cuerpo, a una íntima arquitectura corporal constituida por fibras. Así, durante el siglo XVIII la fibra se convierte en la más elemental unidad anatómica, y la enfermedad viene a entenderse como una debilidad de los nervios. Por ello, las prácticas de preservación se orientarán hacia la resistencia, idea que se conjuga con uno de los conceptos claves del siglo XVIII: el progreso, la creencia en la posibilidad de un paulatino perfeccionamiento del género humano, y la necesidad de la inversión en el futuro. En este sentido, el ejercicio, la acción física se erigió como fundamental, ya que el cuerpo debía trabajar sobre sí mismo.

La preocupación por el aire encuentra nuevos elementos de reflexión, el aire comienza a ser re-pensado. Esta nueva consideración va a traer consigo renovadores postulados a cerca de las ideas arquitectónicas, de la ubicación de los cementerios, de la imagen del médico, quien adquiere un status diferente, más estimado. Todas estas ideas, fueron reforzadas por el aislamiento del oxígeno, realizado por Lavoisier en 1777.

"La force de soi, la force des autres" (XIX siècle), aborda la cuestión de cómo el siglo XIX debió asistir a la aparición de nuevos proyectos que redefinieron el territorio de la higiene pública: trabajar sobre los "desechos" sociales para, así, controlar mejor los peligros. Esos "desechos sociales" comprenderían no sólo los de orden físico: alcantarillas, inmundicias, establos de animales; sino también los de orden moral: prostitutas, andrajosos, obreros. Presencias juzgadas arriesgadas, mórbidas. Toda sociedad se defiende, como un organismo, de todo lo que amenaza su permanencia interna, aunque cada vez lo juzgado como peligroso varíe.

De otro lado, en la práctica de la vacunación antivariólica se revela un nuevo compromiso estatal con la salud del pueblo. La vacunación está relacionada con la constitución de una organización médica jerarquizada, a partir del establecimiento del Comité Central de la Vacuna, del cual dependían los comités departamentales y barriales. Ello se ve como una renovación de la imagen de la salud colectiva. El proceso que termina con la obligatoriedad de la vacuna sienta las bases de una obligación primera en su género: la de toda persona a sufrir un cierto mal físico para evitar un mal colectivo, cuestión ésta que podría ligarse también con cierta idea de la ética.

El nuevo papel de la higiene social se orientará desde entonces, específicamente, hacia una higiene del trabajo, producto del proceso de industrialización, cuya aparición y desarrollo, al final del siglo XIX, están ligados a una empresa política de domesticación de los obreros, de las clases populares y de moralización de las costumbres.

En cuanto a las referencias dietéticas, conviene decir que la dieta coincide con el proyecto del cuidado y de la apariencia, testimoniado por la presencia hechizante, en ocasiones juzgada frívola, del dandy, encarnación de una inquietud extrema por el culto de sí, como inversión en la apariencia y en la salud. Se impone también la delgadez femenina como modelo de salud y belleza.

Al final del siglo XIX, Pasteur revoluciona los temores higiénicos, el tema del microbio vuelve inútiles algunas antiguas preocupaciones, pero hace entrar la lucha antiepidémica en su atención a las zonas más íntimas del cuerpo, hacia las zonas escondidas o casi invisibles. Revolución que fue coronada con los estudios de Virchow, quien en 1858 transforma la concepción del cuerpo, desde entonces visto como un conjunto de innumerables corpúsculos microscópicos.

Antiguas inquietudes ceden espacio a nuevas preocupaciones, generadas por la nueva gramática de la vida, por los fenómenos de industrialización y masificación, por el temor al fracaso: la salud psicológica, objeto, a partir de entonces de cuidados y atenciones insospechadas.

Para las reflexiones de la última parte del texto "Bien-être?" (XX siècle) el autor toma como modelo el SIDA. A partir de él explica algunos elementos importantes de la visión contemporánea sobre la salud: las fatales

consecuencias de los procesos de industrialización de la salud, los desplazamientos entre el individuo y la comunidad; una nueva idea de la responsabilidad de sí, la tendencia a controlar el propio cuerpo, la salud "consumida" y la noción de cuerpo informatizado.

El SIDA representaría, como ningún otro fenómeno epidémico en la historia, el lazo existente entre la sangre, el sexo y la muerte.

El autor se refiere también a la diferencia entre peste y SIDA, contrariando a quienes, en principio, pretendieron crear un ambiente de pánico absoluto alrededor de dicho síndrome. Aunque también marca las constantes simbólicas que presentan los fenómenos epidémicos a través del tiempo y recoge la multiplicidad de comentarios que la enfermedad ha suscitado. Es, de alguna manera, un texto que sintetiza parte de las preocupaciones actuales inscribiéndolas en el itinerario de su reflexión.

La única práctica de prevención que se erige hoy como posible es el cambio de comportamiento íntimo y la educación como fundamento último de esta práctica preventiva. Aunque queda planteado el nuevo problema sobre cómo la información que puede recibir un individuo respecto a esta enfermedad puede traducirse en un cambio real y efectivo de su comportamiento sexual.

La otra consideración que le ocupa en este capítulo es la relativa a algo que el autor denomina "la salud consumida", queriendo significar con ella la búsqueda incansable del hombre de una productividad creciente en las sociedades industrializadas y de cómo ello ha contribuido a "racionalizar" el cuerpo, trabajando sobre su rentabilidad potencial, transformándolo en un "cuerpo informatizado" o en una máquina cibernética, es decir, en un sistema automatizado de operaciones, comandado por la recepción y la emisión de mensajes que pueden interpretarse en términos de mayor o menor posibilidad de producción.

En un sistema de salud se tiende a privilegiar la vigilancia sobre sí, promueve un determinado estilo de vida para alcanzar el "bienestar", pero es un modo de vida que se compra, que se encuentra mediado por las lógicas del mercado, la oferta de bienestar es innumerable: nuevas prácticas, nuevas tecnologías aplicadas al cuerpo, millones de publicaciones y de material audiovisual.

A propósito de esto, resulta interesante el problema de la situación contemporánea del cuerpo, la existencia de una ilusión de control del cuerpo, la expansión de las actividades deportivas y de ocio en general ha contribuido a forjar una imagen mítica de un hombre sano, libre, en armonía con el mundo.

En la actualidad se asiste a una suerte de sacralización laica del cuerpo, idea esta que se une con el deseo, ya presente en el siglo XVIII, de un hombre perfectible *ad-infinitum*. El libro revela, de manera interesante cómo el pensamiento ha sido siempre atraído por un estado ideal que presenta siempre, sin embargo, la particularidad de aparecer ante la conciencia como perdido o como porvenir.

Sólo una ausencia inquietó a la lectora: la omisión de referencias relativas a un fenómeno, en ocasiones juzgado como el más importante descubrimiento terapéutico del siglo XX: el "milagro antibiótico". Ello ¿no habría tenido repercusiones en cuanto al comportamiento preventivo? La idea, expuesta por algunos, de que sólo la medicina empezó a curar realmente en este siglo gracias a los antibióticos ¿no tuvo efectos en el ámbito que interroga el autor?

ADRIANA ALZATE E.

Profesora de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia.